

Revista de libros

Miguel REQUENA JIMÉNEZ, *Omina mortis. Presagios de muerte. Cuando los dioses abandonan al emperador romano*, Madrid, Abada Editores, 2014, 326 pp.

CALPURNIA: *Caesar, I never stood on ceremonies,
yet now they fright me*

(W. Shakespeare, *Julio César*, acto segundo, escena segunda)

El ser humano lleva intrínseco el temor a lo desconocido, a la soledad y a la desprotección y necesita, de una forma u otra, creer en algo superior, divino, que le dé fuerzas para afrontar los problemas, lo proteja contra las adversidades y le ofrezca una interpretación de aquello que no entiende. En todas las culturas se busca una relación buena, cuando menos adecuada, con la divinidad, pues la ofensa o la simple alteración de lo estipulado puede desatar la ira o producir el abandono de los dioses. Sobre esto versa el libro que reseñamos, de «cuando los dioses abandonan» a los hombres y, en especial, a los emperadores romanos. ¿Cómo se sabe cuándo la divinidad ha abandonado a una persona? Una de las formas, acaso la más común, es por medio de extraños sucesos; hechos que no siguen el orden natural de las cosas y que se pueden tildar de maravillosos, fabulosos, asombrosos e incluso de inverosímiles e increíbles. El profesor Requena, a partir de los relatos antiguos donde se mencionan este tipo de hechos, recoge aquellos prodigios que precedieron a la muerte de los emperadores romanos, *omina mortis*, entendidos como «la materialización del fin de la protección divina hacia un emperador, circunstancia que indirectamente afectará a la comunidad por él representada» (p.289).

La metodología empleada por el autor consiste en ir de lo general a lo particular, de la descripción de un simbolismo, superstición, tabú, profecía o prodigio, y su interpretación en distintas culturas –y épocas– y en especial la romana, hasta llegar a la concreción en el caso de los emperadores –y no sólo emperadores– romanos. Se divide el libro en cuatro capítulos. Veamos brevemente cada uno de ellos. El primer capítulo, «La negra noche» (pp. 15-68), versa sobre aquellos presagios que tienen que ver con la noche –momento en que muchos de los dioses se van a dormir y dejan desprotegidos a los hombres– y, por ende, con la oscuridad y el color negro. Se analiza aquí el papel

que juegan en los relatos antiguos la luna, los eclipses y las momentáneas ausencias de luz. Dado que el fin último de este libro es tratar los *omina mortis* de los emperadores, no es de extrañar que las fuentes clásicas manejadas por Requena sean principalmente historiadores, que van desde Dión Casio y Flavio Josefo, hasta biógrafos, como Plutarco, Suetonio y los autores de la *Historia Augusta*, pasando por escritores ya tardíos como Julio Obsecuente, quien compuso un *Prodigiorum liber*. No obvia el autor, sin embargo, otro tipo de fuentes como pueden ser las de relatos fantásticos (Luciano) o las poéticas, aunque aparecen relegadas a un segundo plano. Por ello nos parece ilustrativo aportar un texto donde se mencionan los asombrosos sucesos que, según la anónima obra *Consolatio ad Liuiam* —escrita en dísticos elegíacos—, acaecieron previos a la muerte en circunstancias desconocidas de Nerón Druso, hijo de Livia, la esposa de Augusto, y que bien pudo llegar a emperador de no ser por su prematura muerte a los 29 años en el 9 a.C. (cf. *Consolatio ad Liuiam de morte Drusi Neronis*, ed. trad. y not. T. González Rolán y P. Saquero, Madrid, Ediciones Clásicas, 1993):

*Iuppiter ante dedit fati mala signa cruenti,
flammifera petiit cum tria templa manu:
Iunonisque grauis nocte impuidæque Mineruæ
sanctaque et immensi Cæsaris icta domus.
Sidera quin etiam cælo fugisse feruntur,
Lucifer et solitas destituisse uias:
Lucifer in toto nulli comparauit orbe
et uenit stella non præeunte dies.
Sideris hoc obitus terris instare monebat
et mergi Stygia nobile lumen aqua.*

«Júpiter previamente ofreció siniestros indicios del cruel destino, cuando alcanzó con su mano portadora del rayo tres templos: el de la respetable Juno y el de la intrépida Minerva por la noche e incluso fue golpeada la sagrada casa del gran César. Y no sólo eso, se cuenta que las estrellas habían huido del cielo, que el Lucero había abandonado sus acostumbrados caminos. El Lucero a nadie se mostró en todo el mundo y el día llegó sin que pasara esta estrella. La desaparición de esta estrella advertía que esto sucedería en la tierra y que la noble luz se sumergiría en las aguas de la Estigia» (*Cons. ad Liu.*401-410)

Sigue este capítulo analizando la oscuridad del Inframundo y la presencia del color negro en todos aquellos elementos que conforman el Hades, la costumbre romana de honrar a los muertos por la noche, de sacrificar animales negros a los dioses ctónicos, y de asociar a etíopes y alejandrinos con sombras de muertos y habitantes del Hades por su color de piel. La idea del etíope para representar aspectos negativos responde, según Requena (pp.65-66), a un doble motivo: al color de piel y al hecho de que están alejados de la civilización. Se podría aducir un tercer motivo y es el hecho de que en el imaginario romano las zonas de excesivo calor —o frío— producen seres con una personalidad negativa (cf. M. Vallejo Girvés, «Los Etíopes, las islas y tierras tórridas y las Antípodas», en F. Gómez Espelosín *et al.*, *Tierras Fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 1994, pp.333-340).

En el segundo capítulo, «Lobos y búhos en la ciudad» (pp.69-118), se habla de la importancia en los *omina mortis* de los animales en general y de los lobos y búhos en particular, debido a sus hábitos nocturnos. Se desarrolla asimismo la doble vertiente de los perros –como animales domésticos y como fieras salvajes–, incidiendo en su vinculación con la muerte y, al igual que los lobos, en su capacidad para pronosticar desgracias al penetrar a escondidas en la ciudad y al aullar por la noche. Se podría a este respecto destacar cómo los romanos acentúan el temor a ser asediados, es decir, a que lo salvaje penetre en lo cívico (p.79), comparando a los enemigos con los lobos que merodean en torno al redil, prestos a devorar el rebaño. Sirvan como ejemplo los siguientes versos de Virgilio (*cf. Ov. Trist.* 4.1.77-82; *Pont.* 1.2.17-18):

*Huc turbidus atque huc
lustrat equo muros aditumque per auia quaerit.
Ac ueluti pleno lupus insidiatus ouili
cum fremit ad caulas, uentos perpressus et imbris,
nocte super media, tuti sub matribus agni
balatum exercent, ille asper et improbus ira
sæuit in absentis*

«[Turno] amenazador, da vueltas a caballo alrededor de los muros por aquí y por allá y busca una entrada por lugares infranqueables. Cual lobo que acecha el abarrotado redil, cuando aúlla ante la valla, desafiando los vientos y las lluvias, pasada la media noche, los corderos balan sin parar protegidos bajo sus madres, aquel cruel y lleno de ira se enfurece con los que lejos están» (VERG. *Æn.* 9.57-63)

Requena asimismo hace hincapié en el verbo *ululare* aplicado a los perros, pues «es un término onomatopéyico que procede del grito de la úlula, mochuelo, lechuza o cárabo al repetir su tradicional –u –u –u. Define tanto el sonido emitido por las aves nocturnas [...] como, sobre todo, los aullidos de lobos» (p.95) y, en consecuencia, no pronostican nada bueno. Este uso del verbo *ululare* los romanos lo extrapolaban no sólo a los perros, sino también a las personas bien para describir gritos enloquecidos o salvajes, bien cuando se pretende mostrar o anunciar desgracias, tal y como sugiere Requena (pp.103-105). Como ejemplos del primer caso –a los que se pueden añadir muchos más– aportamos el uso que hace César de este verbo para designar el griterío de los galos en plena batalla (*Gall.* 5.37.3; 7.80.4; *cf. Liv.* 21.28.1), o el que hace Catulo para notar los alaridos de las Ménades en pleno éxtasis (63.24-28; *cf. Iv.* 6.316; *Ov. Met.* 3.528), u Horacio para mostrar los gritos de la bruja Canidia (*Sat.* 1.8.25). Como ejemplo de personas que *ululant* prediciendo desastres o como síntoma de dolor extremo, acaso el más significativo sea el de Virgilio, al hablar del ataque griego al palacio de Príamo y la inminente destrucción de Troya (*cf. Ov. Her.* 2.117; 5.73; 8.107; *Met.* 5.153):

*At domus interior gemitu miseroque tumultu,
miscetur penitusque cauæ plangoribus ædes
femineis ululant; ferit aurea sidera clamor*

«Pero en el interior de la casa el llanto y el triste alboroto se mezclan y desde lo más profundo las vacías casas resuenan por los alaridos de las mujeres; hieren los gritos las doradas estrellas» (VERG.*Æn.*2.486-488)

Es interesante, por curioso, recordar que en la pared de una lavandería de Pompeya, que pertenecía a un tal *Fabius Vlutremulus*, es decir, «el que tiembla con el mochuelo», se ha encontrado una parodia del primer verso de la *Eneida* que dice: *fullones ululamque cano, non arma uirumque* (CIL 4.9131: «Canto a los lavanderos y al mochuelo, no a las armas y al hombre»), y que hace referencia al temor que el lavandero le tenía al mochuelo porque al presagiar la muerte, la gente iba de luto y no necesitaba sus servicios por ser el negro un color que oculta las manchas (J.C. McKeown, *Gabinete de curiosidades romanas. Relatos extraños y hechos sorprendentes*, Barcelona, Crítica, 2011, p.246 [trad. J. Rabasseda y T. de Lozoya]).

Continúa este capítulo con los prodigios protagonizados por búhos que aparecen en la ciudad de día y el mal presagio que supone oír su canto –«Cuando canta el búho, muere el indio», dicen en Guatemala–. Particularmente interesante nos parece el análisis que hace Requena (pp.113-116) de los mismos prodigios acaecidos antes y después de las muertes de César y Augusto: los primeros indicarían que los dioses los han abandonado a ellos y los segundos que, con su muerte, han dejado huérfana y desprotegida a Roma.

En el tercer capítulo, «Los errores en el rito» (pp.119-176), se presta especial atención al sacrificio y al valor de su impecable ejecución. Se analiza la elección de las víctimas, su comportamiento en el momento de ser llevadas al altar y su disposición a ser ejecutadas, la limpieza y vestimenta de los sacerdotes, el simbolismo de la sangre, los sueños donde esta aparece y lo que implica mancharse durante un ritual. Se destaca la importancia de la pureza exterior, no sólo de la interior –como sucede en el Cristianismo–, pues cualquier mancha puede suponer un *piaculum* o crimen que necesita expiación. Esto se podría relacionar con el término griego *μίασμα* que, como bien indican Espluga y Miró, «significa, literalmente, ‘mancha’ o ‘suciedad’, y hace referencia, en primer lugar, a las emanaciones infecciosas de los cuerpos animales», y añaden que no es de extrañar «que, por extensión, fuera este el término adoptado cuando se quiso describir el estado de impureza general que sigue a la desestimación del culto divino por parte de los hombres, es decir, la situación a la que se llega después de haber roto por negligencia la *pax deorum*» (X. Espluga y M. Miró i Vinaixa, *Vida religiosa en la antigua Roma*, Barcelona, UOC, 2003, p.35). Se comentan asimismo en este capítulo otros temas como el análisis de las entrañas de las bestias sacrificadas, las ofrendas de incienso y vino o la consulta de los pollos sagrados. Para la mentalidad actual rituales como estos pueden parecer absurdos, pero no se puede negar que conforman el pensamiento romano y obviarlos tan sólo mostraría una visión mermada de la Antigüedad. Ya los propios romanos se mostraban escépticos a la hora de dar veracidad a estas prácticas (Cic.*Div.*2.99), pero se albergaba la idea de que eran precisamente este tipo de costumbres –*mores maiorum*– las que habían hecho grande a Roma. De hecho Tito Livio pone en boca

de Apio Claudio Craso, uno de los decenviros que redactó la Ley de las XII Tablas, lo siguiente:

'Quid enim est, si pulli non pascentur, si ex cauea tardius exierint, si occecinerit auis?' Parua sunt hæc; sed parua ista non contemnendo maiores uestri maximam hanc rem fecerunt; nunc nos, tamquam iam nihil pace deorum opus sit, omnes cærimonias polluimus.

«¿Qué más da, si los pollos no comen, si tardan en salir de su jaula, si un ave emite un canto de mal agüero? Estos son cosas sin importancia; pero por no despreciar esas cosas sin importancia vuestros antepasados hicieron su poderío enorme; ahora nosotros, como ya nada parece necesitarse la paz de los dioses, todos profanamos los rituales» (Liv.6.41)

El cuarto capítulo, «Las caídas y la apertura espontánea de puertas» (pp.177-273), indaga sobre el simbolismo que encierran los tropezones, el golpear la tierra, las caídas de objetos como coronas o *sphæræ* imperiales, el derrumbamiento de casas, la caída de árboles, el desplome y cambio de sitio de estatuas, el hecho de que estas imágenes sudaran, las implicaciones de la apertura de puertas... Cabe destacar el carácter espontáneo y sorprendente de muchos prodigios, en especial el de la mencionada apertura de puertas, a tenor de las continuas veces que en los textos clásicos donde se describen estos fenómenos aparecen expresiones del tipo: ἀπὸ ταῦτομάτου, αὐτόματον, *repente, de repente, sponte, sua sponte, subito...*

Al hablar de la costumbre romana de golpear la tierra al invocar a los dioses ctónicos, menciona el autor (pp.184-188) el epíteto ῥηξίχθων 'la que sacude la tierra' que se da a varios dioses, bien a Hécate en algunas *tabellæ defixionum*, moradora habitual de los Infiernos, bien a Posidón, bien a Gaya. A este respecto acaso venga a cuento recordar lo que comenta Aulo Gelio (2.28), quien, después de enumerar los motivos que aducen los antiguos como causas de los temblores de tierra (*cf.* SEN. *Nat.*6.6-19) y la ignorancia del verdadero motivo o de la deidad que podía causarlos, afirma que los *ueteres Romani* al sentir un movimiento de tierra preferían hacer plegarias y sacrificios sin nombrar a una divinidad en concreto para así no ofender a ninguno (*hostiam 'si deo, si deæ' immolabant* «sacrificaban la víctima [diciendo] 'si es para un dios, si es para una diosa»).

Como bien muestra Requena a lo largo de todo el libro, la mayoría de presagios comentados —eclipses, entradas de lobos en la ciudad, aullidos nocturnos, errores en los rituales, caídas de objetos, movimientos de estatuas...— indicaba que se había roto la denominada *pax deorum* y los hombres en consecuencia habían perdido la protección de los dioses y sólo cabía esperar que aconteciera alguna desgracia. «Los prodigios», nos dice el autor a modo de conclusión (p.283), «deben ser valorados no como mensajes, sino como síntomas de una situación alarmante: el fin de la protección divina».

Es este un libro que, pese al volumen de páginas, se puede leer casi de seguido. Es una prosa agradable, salpicada de referencias literarias modernas, cinematográficas e incluso a videojuegos, con un estilo sencillo y ameno que en absoluto merma

su valor científico, antes al contrario, lo hace más atractivo. Tiene más de seiscientas notas al pie de página que abundan en ricas puntualizaciones y bibliografía específica y transmiten algunos textos en su lengua original. El autor, experto en presagios de emperadores romanos, tiene en su haber numerosos estudios, de los que mencionamos como botón de muestra dos: *El emperador predestinado. Los presagios de poder en época imperial romana* (Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, 2001) y *Lo maravilloso y el poder. Los presagios de imperio de los emperadores Aureliano y Tácito en la Historia Augusta* (Valencia, Universitat de València, 2003). Cabe mencionar –y no de pasada– la elegante y cuidada edición de Abada Editores.

Permítasenos hacer unas pocas sugerencias formales. En primer lugar creemos conveniente unificar criterios a la hora de anotar las fuentes clásicas, pues, por ejemplo, para citar a Horacio se emplean las abreviaturas Hor. u Horac. y las *Geórgicas* de Virgilio, a veces se abrevian como *G.* y otras como *georg.* Son varios los sistemas que se podrían adoptar a este respecto. Acaso el más extendido sea el empleado por el *The-saurus linguae Latinae*, en el que se basa, por cierto, el reciente libro –más manejable y asequible– titulado *Index scriptorum Latinorum* de J.M Ruiz Vila e I. López Martín (Madrid, Ediciones Clásicas, 2013). En segundo lugar, si bien el autor ya nos advierte en la introducción de que las traducciones empleadas son sobre todo de las editoriales Gredos y Akal e indica aquellas versiones tomadas de otras, creemos que hubiera sido oportuno citar bien a nota al pie, bien en una sección de la bibliografía, todas las traducciones utilizadas con sus respectivos traductores, pues son personas que de una forma u otra participan en la interpretación de los textos. Asimismo, dado el interés que esta obra puede suscitar no sólo en historiadores sino también en filólogos clásicos, se podría haber introducido la versión griega y latina de todos los textos citados y no sólo de unos cuantos. Por último se echa en falta un índice de nombres propios.

Este libro, en conclusión, trata del ser humano, pero además humaniza, pues nos acerca, nos identifica, de una extraña forma –acaso por medio de los temores– a los romanos de entonces. Los estudiosos de la Antigüedad, obsesionados con el dato y con la veracidad de cuanto nos cuentan los autores grecorromanos a veces olvidamos que los antiguos eran personas con sentimientos, inseguridades, miedos... que se despertaban por la mañana, comían, reían, descansaban, hablaban, se enfadaban y hacían muchísimas más cosas además de la labor por la que se les conoce. El general no sólo dirigía una guerra, el poeta no sólo componía versos y el emperador no sólo regía el Imperio. Detrás de esos roles había una persona que en poco se diferenciaba de una actual. ¿Acaso no tendríamos que valorar cuanto se nos dice sobre prodigios y cosas maravillosas por ser estos imposibles? Da igual si lo narrado sucedió o no; lo importante es que las personas de entonces lo creyeran o le dieran valor, pues estas historias muestran la verdadera esencia del ser humano que se ve invadido por sentimientos que superan lo racional y ahondan en lo fabuloso. Hoy en día leemos el horóscopo, vemos programas de adivinos y pitonisas que sobre todo en horario nocturno –¡cuando los dioses se van a dormir!– reciben llamadas de gente que busca solución a sus problemas, tiramos sal a nuestras espaldas, besamos estampas de santos y vírgenes, pedimos deseos al apagar las velas en nuestro cumpleaños, evitamos pasar por debajo

de una escalera... las sociedades evolucionan, pero los temores e inseguridades del ser humano permanecen (casi) intactos en el devenir de la Historia.

Es este, pues, un libro que nos define, que excede las fronteras de lo estrictamente clásico, para zambullirse en la intimidad del ser humano, en sus miedos. Empezábamos esta reseña con una cita de una temerosa Calpurnia extraída del *Julio César* de Shakespeare. Acabemos, pues, con la soberbia respuesta de César: «¡De todas las maravillas que he oído, la que mayor asombro me causa es que los hombres tengan miedo! ¡Visto que la muerte es un fin necesario, cuando haya de venir, vendrá!».

Esteban BÉRCHEZ CASTAÑO
IES La Morería, de Mislata (Valencia)

Pollux HERNÚÑEZ, *La sátira. Insultos y burlas en la literatura de la antigua Roma*, Madrid, Rey Lear, 2014, 120 pp.

El que reseñamos es un libro singular, obra de un autor singular. Del carácter poco convencional de su autor, Pollux Hernández, da buena idea el que, habiendo nacido en Salamanca (1949), se marchara a estudiar filología clásica a las antípodas, a la austral Melbourne. En tierras australianas adoptó un nombre más acorde con sus inquietudes y fue pionero de la reconstrucción arqueológica de las obras plautinas, que representó y filmó con ayuda del gobierno de aquel país. Más tarde se doctoraría en la Sorbona con una tesis dedicada al teatro latino. Sin embargo su vida profesional ha transcurrido fuera del ámbito académico, dedicándose fundamentalmente a la traducción en el seno de las instituciones de la Unión Europea en Bruselas.

Esa actividad nunca le alejó del todo de sus intereses latinistas. El trabajo que comentamos es fruto de una lenta maduración: fue concebido inicialmente como conferencia para la asamblea fundacional del centro Internacional sobre el Humor y la Sátira, emprendida por Andrés Vázquez de Sola, allá por los años noventa. La idea inicial se ha ido ampliando y desarrollando hasta convertirse en este «opúsculo divulgativo», tal como lo presenta su propio autor.

A pesar de esa modesta presentación, el libro es recomendable también para el experto por muchos motivos. La edición de Rey Lear es cuidada, esmerada, sin erratas (lo cual es indicio, además de una seria elaboración, de una revisión concienzuda). Es además una edición para adultos, ilustrada con numerosos motivos romanos que abundan en el lado picante de la vida y no eluden la obscenidad. El hilván intelectual, que presenta históricamente la sátira así como los temas y géneros relacionados con lo burlesco, es razonado, muy bien documentado y excelentemente escrito. A veces la voz autorial hace eco irónico a los contenidos que transmite, como cuando describe el estado de la cuestión bajo Augusto (p.57): «Teóricamente no hay razones para quejarse, pues el emperador garantiza el óptimo bienestar de la sociedad, y la libertad de expresión es innecesaria, ya que, como en toda dictadura, no hay nada que expresar. La crítica languidece, pues la autocensura reina.»